

El cuerpo que escribe

*¿Qué puedo leer de mí mismo?
¿No soy eso mismo que se le escapa a mi propia lectura?
¿Qué puedo conocer de mi cuerpo?
¿Qué puedo conocer de mi escritura?
[...] solamente conozco de mi escritura lo que conozco de mi
cuerpo: una cenestesia, la experiencia de una presión, de una
pulsión, de un deslizamiento, de un ritmo: una producción y no un
producto; un goce, y no una inteligibilidad.*

Roland Barthes¹

ANTICIPANDO EL ESTUDIO comparativo sobre los orígenes de la medicina en la antiguas civilizaciones griega y china, el investigador Shigehisa Kuriyama² nos dirige entre derivaciones aparentemente sencillas hacia una interrogante fundamental sobre la que puede emplazarse el germen de reflexión que se desarrollará en las páginas siguientes. El breve recorrido que el catedrático japonés asienta como prefacio a sus intenciones desemboca en una cuestión tan trascendente como imposible de resolver –la diferencia entre poseer el cuerpo o pertenecerle.

Kuriyama habla de la distancia entre pertenecer y poseer como un espacio ambiguo³ y en esta sugerencia (i)localizable atisba el encuentro sobre nuestra experiencia como el único

1 Roland Barthes. *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires: Paidós. 2002. p. 123. El artículo que da título a este volumen póstumo fue escrito en 1973 para el Instituto Accademico di Roma para una publicación colectiva que no sucedió.

2 Shigehisa Kuriyama. *La expresividad del cuerpo y la divergencia de la medicina griega y china*. Madrid: Siruela. 2005.

lugar que nos es accesible –aún en su ambigüedad– para recorrer con él, en él, las posibilidades de respuesta. ¿Cómo podemos conocer este espacio ambiguo que somos como cuerpo invisto sino sobre su superficie y sensaciones? ¿Cuáles son las profundidades que envuelve nuestra exterioridad sensible? ¿Cómo podríamos alguna vez tener certeza del orden de las relaciones que se establecen entre el cuerpo anatómico y el cuerpo expresivo? ¿Dónde puede fincarse la diferencia o la distancia entre poseer y pertenecer? Pues aunque la disparidad de negociación o convivencia con el cuerpo que anuncia el enfrentamiento de ambos términos-en-acción es clara y dirigida en modos opuestos en cuanto su estatuto gobernante –se posee algo, se es dueño de, o bien, se pertenece a algo, se es súbdito de–; sucede que al hablar del cuerpo la relación biunívoca que podríamos haber intentado establecer se desdibuja en sus contornos. Tal como el desarrollo histórico de la medicina griega en la antigüedad destinaría sus orígenes hacia la posibilidad de establecimiento del núcleo o motor del cuerpo entre el corazón, los pulmones y el alma,⁴ pensar la divergencia de situación entre el sujeto como conciencia y su cuerpo entre la posesión y

3 El autor deriva la disparidad entre el pertenecer y el poseer (d)el cuerpo de uno de los estudios de estética de Paul Valéry en el que circula la pregunta sobre las distancias culturales y geográficas que hacen de Oriente y Occidente baluartes a distancia. Paul Valéry. “Aesthetics” en *Collected Works in English*. Princeton: Princeton University Press. 1964. Vol. 13.

4 Lo que los principios de la anatomía occidental trataran de designar como valoración de preponderancia vital entre el corazón (circulación) y los pulmones (respiración), Aristóteles lo resolvía con la idea del *pneuma* innato –la ardiente y divina respiración de la naturaleza que brota desde el corazón. Ese hálito vital que entre culturas e historias recibirá infinidad de nombres rondando la dualidad cuerpo/alma, Aristóteles lo entendía como un primer motor inmóvil más allá de toda criatura a partir de cuya respiración e imitación existía la vida. Más al respecto: Kuriyama. *Op. cit.* p. 155.

la pertenencia no es sino un intento por designarse en subdivisiones de primacía insostenibles cuando se habla de un organismo. Pues en el solo planteamiento de esta distancia por salvar entre la posesión y la pertenencia anidan las intenciones del hombre sobre el conocer y sus saberes.

¿Cómo se conoce y cómo se experimenta el cuerpo? Según nos enseña Kuriyama en esta investigación, no tenemos posibilidad de acceso a sus formas sino a través de las palabras y los esquemas. Parece sólo posible acceder a él por medio de su representación en el lenguaje que se dirige generalmente sobre el cuerpo ajeno (cuerpo/caso de estudio) para conocer el propio. Hay que hacerse de las palabras para develar las actitudes y el estado mental del cuerpo que las escribe, afirma Kuriyama. Incitemos la posibilidad de llevar un poco más lejos tal intención, es decir, intentemos hacernos de las palabras para develar los estados físicos del cuerpo. Ésta será la inmersión final que busque este volumen *en su escritura*, para desplazar la historiografía del saber del cuerpo sobre la posibilidad de acceder a esos espacios ambiguos entre el conocimiento y la vivencia que confiesan con menor resistencia los intentos de posesión como urgencias de pertenencia, de consonancia.⁵

Una forma de intentarlo sería hacerlo sobre el cuerpo propio, intentar decir en la palabra las vibraciones (inteligentes y equívocas⁶) que anidan en los registros de sensibilidad que recorren los nervios entre la corteza cerebral y sus terminaciones periféricas. Pensar en el cuerpo como un enlazamiento físico

5 Apelo al sentido de consonancia en un recorrido entre su definición musical como identidad acorde de sonidos y esa sencillamente enunciada relación de *conformidad* que tienen algunas cosas entre sí.

palpable con el mundo es un camino permisible para recorrer el hilvanado que entretejen la experiencia y sus terminaciones narrativas. Preguntarse por la pertenencia o la posesión desde y sobre un cuerpo enfermo, un cuerpo *en falla*, pudiera ser una forma de articular el sentir con el decir de una manera radical, acaso extrema; ciertamente un poco más urgida por recorrer ese camino.

Los estudios que intentan decir el cuerpo enfermo en su dolor sobre los que busca avanzar la antropología médica concuerdan en confesar lo inaccesible entre el cuerpo que padece y el que escribe sobre una cierta laguna de la experiencia del cuerpo doliente que permanece impronunciable, indistinguible, indecible. Incluso aseguran que esa distancia (advertida por Kuriyama) entre el cuerpo y su decir en palabra permanece infranqueable en buena medida incluso para los pacientes, lo que vuelve más esquivada la frontera del cuerpo que intenta hablar su dolor.⁷ Quizá la posibilidad de hacer del cuerpo-propio-caso-de-estudio reescriba la indecibilidad como urgencia. Urgencia de volver a la palabra.

6 Deliberadamente polarizo la condición de esa *buena y mala* expresividad corporal que hace la diferencia entre un estímulo cognoscible positivo a las terminaciones nerviosas del tacto que llevan su información al cerebro, y ese otro orden de estímulos *malos* o equívocos que lanzan su estímulo como dolor cuando responden a una terminación nerviosa afectada, dañada.

7 Siguiendo los importantes estudios en la materia que ha realizado Elaine Scarry (*The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*. Nueva York: Oxford University Press. 1985) investigadores como Byron J. Good, Mary-Jo DelVecchio, entre otros, concuerdan en denunciar la brecha que los distancia de la posibilidad de comprender en su integridad e intensidad la experiencia corporal de pacientes enfermos, especialmente aquellos diagnosticados con dolor crónico. Al respecto: Mary-Jo DelVecchio, *et al. Pain as Human Experience: An Anthropological Perspective*. Berkeley: University of California Press. 1994.